

reforma llamaban *afrancesados* á los que seguían las reglas y la escuela de Luzan, como en otro tiempo llamaron *italianos* á los sectarios del gusto y de las formas introducidas por Boscan. Porque así como éste se había formado sobre los modelos de la poesía italiana, aquél citaba como modelos á Corneille, Crouzaz, Rappin, Lamy, Mad. Dacier y otros clásicos franceses. La poética de Luzan era un llamamiento á los principios de Aristóteles; la escuela italiana, importada á España en el siglo XVI., siglo de poesía, había regularizado el vuelo de la imaginación; la escuela francesa, importada en el siglo XVIII., siglo más pensador que poético, alumbraba y esclarecía la razón: cada cual se acomodaba á las costumbres de su época ⁽¹⁾.

Baste por ahora la ligera reseña que acabamos de hacer de la situación política, económica, industrial é intelectual de España en el reinado del primer Borbon, para mostrar que en todos los ramos que constituyen el estado social de un pueblo se veía asomar la aurora de la regeneración española, que había de continuar difundiendo su luz por los reinados subsiguientes.

(1) Historia general de la literatura.—Obras de Mayans.—Idem de Feijóo.—Discursos y biografías.—Tiknor, Historia de la literatura española.—Puibusque, Historia comparada de las Literaturas española y francesa.

LIBRO SETIMO.

—•••••—

REINADO DE FERNANDO VI.

CAPITULO I.

LA PAZ DE AQUISGRAN.

De 1746 á 1749.

Carácter y primeros actos del nuevo monarca.—Su generosidad con la reina viuda.—Estado en que encontró la guerra de Italia.—Encomienda su dirección al marqués de la Mina.—Retíranse los españoles á Génova y á Provenza.—Siguelos el ejército francés, y abandona también la Italia.—Entran en Génova los austriacos.—Pasa el ejército austro-sardo á Provenza.—Insurrección de los genoveses.—Arrojan á los austriacos.—Toman de nuevo la ofensiva los ejércitos de los Borbones.—Entran otra vez en Italia.—Negociaciones diplomáticas para la paz.—Tratos secretos entre España é Inglaterra.—Situación de Francia y de Holanda.—Proposiciones del gabinete francés.—Plenipotenciarios y conferencias en Breda.—Trasládanse á Aquisgran.—Ajústanse los preliminares.—Armisticio.—Tratado definitivo de paz.—Cédense al infante don Felipe de España los du-

cados de Parma, Plasencia y Guastalla.—Reflexiones sobre este tratado.—Convenio particular entre España é Inglaterra.—Vuelven á España las tropas de Italia.

De edad de treinta y cuatro años cuando subió al trono de Castilla Fernando VI., único hijo varon que habia quedado del primer matrimonio de Felipe V., conocido ya por su carácter juicioso, moderado y amante de la justicia, esperábase de él un reinado feliz. De compasivo y liberal se acreditó desde el principio indultando á los desertores y contrabandistas, y dando libertad á muchos que gemian en prisiones. Con la reina madre se portó con una generosidad tanto mas loable cuanto se tenia por menos merecida: pues cuando todo el mundo esperaba que el nuevo soberano habria de humillar á la viuda de su padre en castigo del desden, dado que no fuese verdadera enemistad, con que ella le habia mirado y tratado siempre, dedicada toda á engrandecer sus propios hijos, causó admiracion verle confirmar los donativos que su padre habia hecho á la reina Isabel, permitirle que conservára el palacio de San Ildefonso, y aun consentirla que residiese en la córte. Mostróse Fernando igualmente generoso con sus hermanos, atento á conservar ó promover sus intereses. Respetó en el gobierno, contra lo que acostumbrán los que ciñen corona, los ministros de su padre: conservó al marqués de Villarias en la secretaría de Estado, y confió los demas ramos de la administracion al de la Ense-

nada, que habia sucedido á Campillo desde su muerte en 1743. Señaló dos dias á la semana, á ejemplo de los antiguos monarcas españoles, para dar audiencia pública á sus súbditos, en que pudieran exponerle sus quejas y agravios con objeto de ponerles remedio.

En cuanto á la política exterior, era evidente que habia de sufrir mudanza, dejando de dirigirla la reina Isabel Farnesio, y teniendo las riendas del Estado un príncipe mas inclinado á la paz, á quien no movian los mismos intereses que á la segunda esposa de su padre, y que observaba ademas el disgusto con que veian los españoles los sacrificios inmensos que por satisfacer la ambicion de la reina madre se les imponia. Sin embargo, aun escribió á su primo Luis XV. manifestándose dispuesto á respetar los empeños que su padre habia contraido, y á apoyar en consecuencia de ellos la causa de su hermano. Pero las negociaciones privadas que el gabinete de Versalles habia entablado con otras potencias respecto á la guerra de Italia le pusieron en el caso, sin faltar á la conciencia y á la fé de los tratados, de ser menos escrupuloso en la observancia del pacto de Fontainebleau. Además la guerra de Italia tenia reducidos á muy mala situacion á españoles y franceses: apoderados los austro-sardos de Plasencia, y vencedores en San Giovanni y Rottofreddo, habíanse aquellos retirado á Voghera, muy reducidos y mermados ya

ambos ejércitos, y sin poder estar sino á la defensiva, y esto no sin gran esfuerzo y trabajo ⁽¹⁾. Llegó á este tiempo á Voghera el marqués de la Mina, nombrado por Fernando VI. general en jefe del ejército de Italia. Era el de la Mina *un verdadero español por su odio á los franceses*, como le llamaba el ministro de Luis XV. marqués de Argenson ⁽²⁾. Aunque el nuevo general iba á las órdenes del infante don Felipe y llevaba para él una carta muy afectuosa del rey, sus instrucciones particulares eran de no concederle influjo alguno en la direccion del ejército. Desde luego intimó á Gages y á Castelar su separacion del mando, y los ordenó que volvieran á España.

(1) Habian perdido en Rottorfredo sobre seis mil hombres, y con la desercion que esta derrota produjo, se calcula que no pasarian de veinte mil los que llegaron á Voghera. Los historiadores franceses suponen que la sufrieron solo los españoles y los napolitanos, porque Maillebois con sus franceses ejecutó á aquel tiempo, por medio de marchas y contramarchas, un movimiento sobre San Giovanni que le valió en Italia mucha reputacion militar.

(2) Memorias de Argenson, publicadas en 1825.—El marqués de la Mina, que habia hecho ya la guerra de sucesion, que se halló en las expediciones de Sicilia y de Orán (1732), que habia mandado el ejército de Toscana (1735), que habia sido embajador en Paris, y arreglado el matrimonio del infante don Felipe con Luisa Isabel de Francia, que despues fué general en jefe del ejército de Saboya á

las órdenes de Felipe en reemplazo del conde de Gages (1745), era un general de mucha reputacion por su capacidad y sus servicios. Cuéntase de él que en una batalla arengó á sus tropas con esta lacónica y espresiva frase: «*Amigos míos, sois españoles, y los franceses os están mirando.*» Dejó escritas unas Memorias sobre las guerras de Italia.

El conde de Gages, á quien ahora fué á reemplazar, fué tambien uno de los españoles mas distinguidos en el arto de la guerra. La campaña de Italia de 1745 habia sido admirable. Su mayor elogio le hizo Federico de Prusia, diciendo que sentia no haber hecho al menos una campaña á las órdenes de este general. A su vuelta á España fué muy honrado por Fernando VI. Murió de virey de Navarra en 1753 á la edad de 73 años.

Tan pronto como el nuevo general en jefe tomó el mando del ejército, con una autoridad decisiva dispuso la retirada á Génova y abandonar la Italia. El infante don Felipe y el duque de Módena se resignaron á ejecutar su disposicion, como si aquél no le tuviera bajo sus órdenes. El francés Maillebois, no pudiendo sostenerse solo contra los sardos y austriacos, se vió precisado á seguir el ejemplo y los pasos del general español. Los imperiales que los perseguian los obligaron á precipitar mas la retirada: el paso de la Bocchetta fué forzado, y si bien las arengas de Maillebois pudieron sostener algunos dias á los genoveses, pronto quedaron éstos abandonados, metiéndose el general francés en la Provenza, como lo habia hecho antes el marqués de la Mina. Génova no pudo resistir á los austro-sardos, protegidos por la escuadra inglesa: algunos patricios enviados á tratar de capitulacion fueron recibidos con enojo y desprecio por el general alemán Botta Adorno, que habia reemplazado á Lichtenstein: tuvieron los genoveses que someterse á las condiciones del vencedor, y las condiciones fueron duras. La ciudad de Génova seria entregada: todas las tropas prisioneras de guerra: los arsenales y almacenes puestos á disposicion de los austriacos: el dux con diez senadores irian en el término de un mes á Viena á pedir á María Teresa perdon de los agravios hechos por la república á su magestad imperial: la ciudad pagaria en el acto una multa de cincuenta

mil genovinos, sin perjuicio de las contribuciones que ulteriormente se exigieran ⁽¹⁾. El general austriaco tomó posesion de Génova (setiembre, 1746), mientras el rey de Cerdeña tomaba á Finale y sujetaba á Sabona.

Orgullosa María Teresa de Austria con este triunfo, quería emprender la conquista de Nápoles, pero los celos del gobierno inglés la hicieron renunciar á este proyecto y sustituirle con el de una invasion combinada en la Provenza. El rey Carlos Manuel accedió á ello: á fines de noviembre un ejército de treinta y cinco mil hombres, la tercera parte sardos, se hallaba reunido en Niza: una escuadra inglesa habia de protegerle: todo se puso pronto en movimiento: las tropas atravesaron el Var con corta resistencia: el puerto de Antibes fué bloqueado: se tomó á Frejus (15 de diciembre, 1746): las islas de San Honorato y Santa Margarita fueron ocupadas: todo anunciaba una marcha victoriosa y una conquista fácil, cuando una insurreccion que estalló en Génova vino á detener impensadamente los progresos y los planes de los confederados contra los Borbones.

Las exacciones violentas, las vejaciones de todo género que estaban cometiendo los comandantes austriacos, las insolencias diarias de los soldados, los insultos de cada momento, habian provocado la indig-

(1) Botta, Storia d'Italia, L. 44. da de Carlos III. l. II.—Muratori, —Ojeada sobre los destinos de los Anales. Estados italianos.—Beccatini, Vi-

nacion de los genoveses. Hacíanlos trabajar como si fuesen acémilas en el transporte de artillería que sacaban para la expedicion de Provenza. Con estas y otras humillaciones despertóse y revivió la independenciam y el valor de los antiguos ligures. Un dia (5 de diciembre, 1746) que los obligaban á sacar arrastrando un mortero, un oficial austriaco levantó el baston como para sacudir á los que en esta operacion trabajaban: un mancebo arrojó una piedra sobre el oficial, imitaronle otros, se alborotaron todos, y el populacho comenzó á gritar por todas partes: ¡A las armas! ¡Viva María! ¡Mueran los austriacos! Crecian por momentos los grupos, arrojáronse sobre las armerías, surtiéronse de toda especie de armas, se apoderaron de algunas puertas, tomaron el convento de los jesuitas, barrearón las calles, acorralaron la guarnicion, tocó á somaten la campana de San Lorenzo, resonaron las de todas las parroquias, juntáronse hasta treinta mil hombres de la ciudad y del campo armados de fusiles, sables, chuzos, puñales, piedras y escoplos, cogieron algunos cañones, y empeñaron un vivísimo fuego con las tropas hasta desalojarlas de la ciudad. Habian quedado en Génova y sus inmediaciones sobre diez mil austriacos: el general Botta Adorno, que se hallaba en San Pietro d'Arena, mandó reunir todos los destacamentos dispersos; ya era tarde; el pueblo genovés salió furioso en persecucion de los austriacos, y aquel general inepto y soberbio tuvo que apresu-

rarse á franquear el paso de la Bocchetta despues de haber dejado cuatro mil prisioneros en poder de los genoveses. La vergüenza le obligó á retirarse, pidió permiso para dejar el mando y le fué concedido. Esta insurreccion de Génova hizo grande eco y gran sensacion en toda Europa. Aquel pueblo que no supo resistir á los austriacos cuando estaban lejos, los arrojó cuando estaban apoderados y eran señores de la ciudad y del pais. Tales son los ímpetus de un pueblo irritado (4).

Frustró completamente, como indicamos, esta revolucion los planes de los enemigos de los Borbones en Provenza. Faltáron los víveres, municiones y artillería con que contaban. Mantuviéronse no obstante sufriendo mil privaciones todo el mes de enero (1747); muchos se pasaron á las filas francesas; hasta que por último españoles y franceses tomaron la ofensiva, y reforzados éstos con tropas de los Paises Bajos, obligaron á los austro-sardos á repasar el Var (febrero, 1747). Los reyes de Francia y de España cuidaron de enviar prontos socorros á Génova, porque María Teresa de Austria, irritada por aquel contratiempo, mandó al general Schulemburg que fuese á someter á toda costa la soberbia y rebelde república. El 10 de abril un ejército austriaco se puso en movimiento por la Bocchetta, é intimó la sumision á la

(4) Circunstancias muy curiosas de esta sublevacion, que á nosotros no nos toca referir, pueden leerse en la Storia d'Italia de Botta, y en la Continuacion y notas del traductor Dochez.

capital de la señoría: rechazáronla con altivez los genoveses, diciendo que esperaban conservar la libertad y la independenciam en que habian nacido, y los austriacos no consiguieron sino hacer un leve daño á la ciudad. El 30 de abril llegó á Génova el duque de Buflers encargado del mando del ejército francés. Otra division francesa mandada por Bellisle franqueaba el Var, se apoderaba de Niza, tomaba á Montealbano y Villafranca (junio, 1747), y avanzaba hasta el castillo de Ventimiglia, que se le rindió el 2 de julio. Otro cuerpo más considerable de españoles y franceses, conducido por el infante don Felipe y por el duque de Módena, pasaba igualmente el Var, y avanzaba hasta Oneglia. En todas partes encontraban los austriacos gran resistencia: el mariscal francés Bellisle y el español marqués de la Mina amenazaban el valle de Demont, y podian ser fácilmente socorridos por el infante don Felipe; lo cual obligó á Carlos Manuel de Saboya á separar sus tropas de las imperiales, y al alemán Schulemburg á levantar el sitio de Génova; los ingleses reembarcaron tambien la artillería que habian llevado, y el sitio quedó enteramente alzado la noche del 5 al 6 de julio (1747).

A poco tiempo los ejércitos de los Borbones tomaban otra vez la ofensiva en el Piamonte, aunque sin gran resultado por haber perdido la vida el hermano del mariscal de Bellisle en el paso llamado Colle de l' Assietta, con mas de doce mil soldados de los cua-

renta batallones que llevaba. En el mes de setiembre un cuerpo franco-español bajó de la costa de Génova al Val di Taro. El rey de Cerdeña recobró la plaza de Ventimiglia, pero le fué pronto arrebatada otra vez por las fuerzas reunidas de Bellisle, del marqués de la Mina, del infante don Felipe y del duque de Módena. Sin operacion notable pasaron el invierno de 1747 á 1748, los austriacos bien establecidos en Lombardia, recibiendo refuerzos de Alemania; los ejércitos de los Borbones en el Placentino, reforzando plazas y poniendo destacamentos en muchos puntos de la Luisigiana y de Massa-Carrara. Al apuntar la primavera de 1748 un cuerpo austriaco avanzó hácia Varese, pero la falta de medios de transporte impidió el paso de los Alpes al grande ejército imperial (1).

En este tiempo no habia estado ociosa la diplomacia para venir á una negociacion pacífica, que si otras potencias la deseaban para reponerse de las fatigas, de los gastos y de las calamidades de una guerra tan larga y asoladora, mas que ninguna la apetecia la córte de España, así por la conveniencia del pais como por el carácter y las tendencias del nuevo soberano. Por eso fué la primera á hacer proposiciones secretas á la Gran Bretaña, como en agradecimiento de su intervencion para apartar de la emperatriz de Austria el pensamiento de invadir á

(1) Muratori, Anales de Italia. sobre los Estados italianos.—Beccatini, Carlos III.
—Botta, Storia.—Dochez, Ojeada

Nápoles. Sirvió en esto de mediadora la córte de Portugal, con cuya real familia estaba tan íntimamente enlazado Fernando VI. por su esposa Bárbara de Braganza, tan inclinada á la paz y á vivir sin contiendas como el rey su marido. La correspondencia secreta entre ambas córtes y el viage del ministro inglés Keene dieron por resultado el que la mediacion fuera admitida. No se escaparon sin embargo estos tratos ni al gabinete francés ni á la reina viuda de España. Aquél, para que España no se separara de la confederacion, le ofrecia ayudar á conquistar la Toscana para el infante don Felipe: ésta, temerosa de que la paz perjudicára á sus dos hijos, discurría medios de dificultar y entorpecer las negociaciones: y sin duda por eso la mandó el rey que escogiera para su residencia fuera de la córte una de las cuatro ciudades que le designaba; pero acudió Carlos de Nápoles á impedir esta ruptura de armonía en la familia, y Fernando prometió respetar los antiguos empeños de su padre y atender á los intereses de sus hermanos. Mas para mejor llevar adelante su pensamiento tuvo por conveniente nombrar á don José de Carvajal decano del Consejo de Estado, cuyo empleo le elevaba á la direccion de los negocios, quedando Villarias como suspenso en cierta manera de su destino sin ser separado (1).

(1) Beccatini, Vida de don Carlos.—Keene desde Lisboa.
—Correspondencia del inglés

Las comunicaciones secretas entre las córtes de Londres y Madrid habian ido conduciendo poco á poco á una transaccion. El parlamento británico anuló el acta que prohibia el comercio con España como consecuencia de la declaracion de guerra. Ya el gobierno inglés accedió á reconocer el derecho de visita, y á otras reclamaciones de España relativas á América, y á consentir en que el infante don Felipe poseyera el ducado de Guastalla juntamente con Parma y Plasencia. La Francia necesitaba tambien de paz: aunque sus ejércitos habian conseguido brillantes victorias en los Países Bajos contra las fuerzas aliadas de Austria y de Inglaterra, su marina habia sufrido mucho: las flotas inglesas le habian causado grandes descalabros en el cabo de Finisterre, cerca de Belle-Isle y en otros lugares: los gastos de la guerra habian hecho crecer enormemente la deuda pública; y por otro lado temia la separacion de España. Hizo pues la córte de Francia proposiciones de paz inmediatamente despues del famoso triunfo de Lanffeld, en que estuvo el General inglés duque de Cumberland á punto de caer prisionero. Por fortuna las condiciones que Francia proponia estaban basadas sobre principios semejantes á los que formaban la base del convenio entre Inglaterra y España. Interesábale tambien á Holanda, porque la lucha sostenida en aquel pais la tenia tan quebrantada que una segunda campaña que le fuese funesta podia borrarla del número de las potencias

de Europa. No rechazaban, pues, las naciones las proposiciones que unas á otras se hacian, y en su virtud acordaron enviar plenipotenciarios á Breda, donde se tuvieron las primeras conferencias para la paz. El representante del monarca español en Breda fué don Melchor de Macanáz, que por cierto estuvo á punto de conseguir de los ingleses la tan cuestionada restitucion de Gibraltar (1).

Trasladáronse despues las conferencias á Aquisgran (Aix-la-Chapelle), donde el 30 de abril (1748) se ajustaron los preliminares entre Francia, Inglaterra y Holanda. El tratado definitivo tardó algun tiempo en poderse estipular, á causa de la resistencia de María Teresa de Austria á aceptar los capítulos relativos á Italia. Pero merced á la enérgica intervencion de Inglaterra, dieron la emperatriz reina de Hungría y Carlos Manuel de Cerdeña su asentimiento á los preliminares. Merced á esta accesion, y despues de haberse publicado un armisticio entre las potencias beligerantes, se concluyó al fin el tratado definitivo de paz (18 de octubre, 1748) entre Francia y las potencias marítimas, y á los pocos dias la firmaron el rey de España y la emperatriz. Los principales capítulos de la paz de Aquisgran fueron: la restitucion mútua de las conquistas hechas desde el prin-

(1) Manifiesto y cotejo de la conducta que tuvo la Magestad de Felipe V. con la del rey Británico, y las razones que al presente Congreso van fulminadas en el tiempo de sus sucesores. Papel escrito en 1748.

cipio de la guerra: la cesion de Parma, Plasencia y Guastalla al infante don Felipe, con cláusula de reversion al Austria si moría sin hijos varones, ó heredaba el reino de España ó el de Nápoles: ratificacion de la elevacion del gran duque de Toscana, Francisco, al imperio: la de la sucesion indivisible de los Estados de la casa de Austria, escepto lo que se habia cedido al rey de Prusia, al de Cerdeña, y al infante de España: la de la agregacion á Francia de los ducados de Lorena y de Var ⁽¹⁾.

«Jamás, dice un historiador extranjero, se vió un tratado de paz que menos mudanzas hiciera en la situacion de las potencias beligerantes anteriores á las hostilidades, despues de una guerra porfiada que estendió sus estragos sobre la mitad de Europa.....» «Pregúntase ahora, añade, por qué la Inglaterra, la España, la Holanda, la Francia, la Italia, el Imperio, se han hecho una guerra tan tenaz. España no perdía nada, Inglaterra no ganó nada, Francia no ganó nada, Prusia y Cerdeña conservaron lo que habian obtenido de la reina de Hungría. Es verdad que al infante don Felipe se dió Parma y Plasencia, pero Francia volvió los Países Bajos á la emperatriz, y la Saboya al rey de Cerdeña. Inglaterra volvió la isla del cabo Breton, y Francia le cedió la Acadia. ¿Merecia esto la pena de verter tanta sangre, y de

(1) Koch, Historia de los tratados. — Historias de Italia, de Francia, de Inglaterra y de la casa de Austria.

aumentar la deuda pública con tantos millones ⁽¹⁾?»

Un congreso habia de reunirse en Niza para arreglar las reclamaciones que pudieran hacerse sobre el tratado. Pero no hubo sino una protesta del rey de Nápoles sobre la cláusula de reversion impuesta á su hermano en lo relativo á los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla, la cual consideraba como contraria á sus derechos. Tratóse tambien de la indemnizacion que se habia de dar al duque de Módena. Los puntos que se controvertian entre Inglaterra y España se habian dejado para un tratado particular entre estas dos naciones, que se concluyó en efecto al año siguiente (1749) entre el ministro Carvajal y el embajador Keene, y firmaron ambos soberanos. Por este convenio el rey de España se obligaba á pagar á la Compañía del Sur cien mil libras por via de indemnizacion, asi de la no ejecucion del tratado del Asiento por espacio de cuatro años, como de los daños y perjuicios causados á la Compañía por la imposibilidad de enviar en este intervalo de tiempo sus bageles á América: confirmábanse los anteriores tratados en lo concerniente á la navegacion y el comercio de los ingleses en los puertos españoles: los súbditos británicos pagarían los mismos derechos que los españoles, y continuarían gozando del mismo privilegio de abastecerse de sal en la isla de la Tortuga (octubre, 1749).

(1) Marlés, Continuacion de la Historia de Inglaterra de Jhon Lingard.

Nada se estipuló relativamente al derecho de visita de los navíos ingleses en los mares españoles: mas como los de aquella nacion reportaban tantos beneficios de su comercio con España, no se quejaron mucho de la omision de este capítulo; tanto más, cuanto que en la práctica el derecho de visita se ejercia ya muy flojamente y no con el rigor ni la escrupulosidad de otros tiempos ⁽¹⁾.

Con la paz de Aquisgran reposó la Europa de las fatigas de tantos años de destructora lucha. Fernando VI. de España, pacífico de suyo, fué sin duda el soberano que mas se alegró de ella: la reina doña Bárbara, cuya política era tambien la conservacion de la paz, no la celebró menos; y la reina viuda Isabel Farnesio pudo quedar satisfecha de ver que una guerra movida por su causa habia dado por resultado la colocacion de su segundo hijo, objeto y fin de todos sus afanes. La mayor parte de las tropas que habia en Italia volvieron á España, y solo quedaron algunas como para dar posesion al infante don Felipe de los Estados que se le adjudicaron.

(1) Historia de los Tratados.— dencia de Keene.—Marlés, Continuacion de Lingard, c. 65.
Papeles de Walpole.—Correspon-

CAPITULO II.

LOS REYES Y SUS MINISTROS.

EL MUSICO FARINELLI.

De 1749 á 1753.

Cualidades de Fernando VI.—Carácter é inclinaciones de la reina.—Discreto sistema de neutralidad adoptado por los dos.—El ministro Carvajal.—Su sencillez, integridad y rectitud.—Su política.—Su amor á la independencia española.—El ministro Ensenada.—Sus antecedentes y servicios.—Su talento.—Su pasion á la magnificencia y al lujo.—Opuestos caractéres y encontrada política de los dos ministros.—El confesor Rábago.—Su influencia con el rey.—El músico Farinelli.—Triunfos artisticos de este célebre cantor.—Cómo y por qué fué traído al palacio de los reyes de España.—Causas de su grande influencia con los soberanos.—Solicitan su favor hasta los embajadores y príncipes.—Modestia, honradez y justificacion de Farinelli.—Desunion y rivalidad entre Inglaterra y Francia.—Resentimiento de Fernando con Luis XV.—El embajador francés Duras.—Sus ligerezas é indiscreciones.—Paralelo entre el francés Duras y el inglés Keene.—Trabajos políticos de Carvajal y Ensenada en opuesto sentido.—Tratado de Aranjuez.—Alianza entre España, Austria, Toscana y Cerdeña.—Solicita Inglaterra su adhesion, y no se la admite.—Sistema y palabras notables del ministro Carvajal.—Disgustos de Fernando con sus dos hermanos, Carlos y Felipe.—Alianza comercial de Nápoles con Inglaterra.—Política sagaz del gabinete de San James con el de Madrid con motivo de aquel tratado.—